

Orlando Solano Pinzón*

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá (Colombia)

Alicia Romero Eusse**

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá (Colombia)

LA “CONTEMPLACIÓN PARA ALCANZAR AMOR” COMO FUENTE DE INSPIRACIÓN DE LA MÍSTICA DE OJOS ABIERTOS EN LA OBRA DE BENJAMÍN GONZÁLEZ BUELTA

Resumen: La contemplación para alcanzar amor de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola es la fuente de inspiración de la mística de ojos abiertos en la obra de Benjamín González Buelta. Los Ejercicios Espirituales, en la comprensión del autor, son la escuela de formación de un místico de ojos abiertos y lo adentran en el horizonte de ordenamiento de sus afectos y expansión de sus sentidos para ver a Dios en la realidad, y desde Su mirada implicarse en ella. La contemplación para alcanzar amor es el culmen de un proceso que se da en la experiencia del ser mirados, dejarnos mirar y desear mirar, para implicar el ser entero en el mirar de Dios, y trabajar con Él en un mundo que, para la mística de ojos abiertos, es su sacramento.

Palabras clave: Contemplación, mística de ojos abiertos, Ejercicios Espirituales, espiritualidad.

Introducción

La intención del artículo es presentar la “contemplación para alcanzar amor” como fuente de inspiración de la mística de ojos abiertos en la obra de Benjamín González Buelta. Para tal fin, inicialmente se hará una aproximación a esta contemplación en la obra del autor desde su disertación implícita de la misma en los Ejercicios Espirituales, y se establecerá la bicondicionalidad entre la “contemplación para alcanzar amor” y la mística de ojos abiertos; posteriormente, se abordará la pedagogía de la mística de ojos abiertos en el dinamismo de los Ejercicios Espirituales: escuela de formación e itinerario de reflexión. Para finalizar, se emitirá una conclusión.

* Dirección: dr. Orlando Solano Pinzón; o.solano@javeriana.edu.co; ORCID: 0000-0003-4446-626X.

** Dirección: mgr. Alicia Romero Eusse; alicia.eusse524@gmail.com; ORCID: 0009-0008-4078-7713.

1. Aproximación a la »contemplación para alcanzar amor« en la obra de Benjamín González Buelta

1.1. Breve semblanza del autor

Benjamín González Buelta SJ, es un sacerdote jesuita que nació en León (ciudad del noroeste de España). Fue enviado muy joven por la Compañía de Jesús a Centroamérica, donde ha permanecido más de 60 años. En República Dominicana 37 años, y en Cuba, lugar actual de residencia, el tiempo restante. Ha desempeñado servicios dentro de la Compañía de Jesús como Maestro de Novicios en República Dominicana, Provincial de las Antillas, e instructor de la Tercera Probación en la formación de los jesuitas en Cuba.

Su inserción en comunidades marginales asumiendo la causa de los pobres y el ministerio de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, lo han configurado como testigo de la acción del Espíritu. Como señala Fernández-Martos en la presentación del libro ‘Orar en un mundo roto’, “Su maestro Ignacio le fue enseñando a ser contemplativo en la acción. Así, toda la realidad se le convirtió en templo” (González, 2002, p. 11). Su forma de acercamiento al pobre no se limita a una palabra de aliento o una enseñanza o un ejercicio de caridad, sino de manera más profunda, como él mismo señala, a la búsqueda “del que quiere contemplar la presencia viva de Dios entre los que están *fuera* (Lc 2,7), para unirnos a él, en su obra liberadora de todo mal e injusticia” (González, 1995, p. 1).

El fruto de dicha experiencia contemplativa lo ha estado comunicando a través de todos sus escritos, los cuales concibe como “una palabra de agradecimiento a las comunidades cristianas de los barrios marginados” (González, 2012, p. 11). Su manera de concebir y vivir la acción del Espíritu hunde sus raíces en el misterio de la encarnación. Pues, en sus palabras, “Jesús, en su encarnación, bajó antes que nosotros a las periferias marginadas y contempló la historia desde el revés del mundo. Allí descubrió vida sorprendente que brotaba desde los descalificados y anunció la irrupción del Reino de Dios” (González, 1992, p. 7).

Esta experiencia encarnatoria que caracteriza su experiencia espiritual se dinamiza desde la interacción de tres estadios: la oración contemplativa, el discernimiento, y la contemplación en la acción. En sus palabras, “En la contemplación personal se nos revela el misterio de Dios, que es siempre nuevo. En el discernimiento separamos el don original que Dios nos ofrece de cualquier escoria que nosotros le adherimos. En la contemplación en la acción percibimos la presencia de Dios, que trabaja con nosotros en la historia para crear juntos sus propuestas” (González, 2002, p. 16).

Para González Buelta, es clara y urgente la necesidad de forjar una nueva sensibilidad para percibir a Dios y su acción en este mundo, evitando a toda costa caer en un nuevo discurso sobre Dios, sino “ser auténticas imágenes de Dios, como su Hijo Jesús” (González, 2006, p. 8). Su experiencia personal y el itinerario espiritual del cual dan cuenta sus escritos, son un signo de esperanza que permite corroborar que en medio de las crisis y los cambios de época, han emergido y siguen emergiendo “grandes místicos que han percibido a Dios de manera nueva, mucho más honda y significativa para los tiempos nuevos” (González, 2006, p. 8).

1.2 La “contemplación para alcanzar amor”

La “contemplación para alcanzar amor” (EE 230–237)¹ en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, es el adentramiento en el misterio de un Dios que se implica en la historia y la implicación de quien contempla en la historia desde Dios. Es la realización de la consigna paulina “ya no soy yo quien vive, sino es Cristo quien vive en mí” (Gal 2,20), esto es, la ejecución de una vida en Cristo. Este adentramiento lleva en sí, el acontecimiento de la misericordia hecha experiencia en el ejercitante, y el deseo como elección pascual de penetrar en el horizonte de la salida de sí, desde el mirar de Dios, para implicarse en la realidad. En palabras de González Buelta: “En el centro de nuestra experiencia de Dios está el ser mirados” (González, 2006, p. 37), “dejarnos mirar” (González, 2020, p. 31), y desear mirar, para implicar el ser entero en el mirar de Dios.

1.2.1. Ser mirados

“... ¿Cómo podría yo buscarte, llamarte, amarte... si tú no me buscas, me llamas y me amas primero?” *Lo más importante no es...* (González, 2004, p. 8).

El acontecimiento de la misericordia que se contempla en la primera semana de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, es la experiencia que introduce la “contemplación para alcanzar amor” desde el ejercicio de la memoria agradecida de los beneficios recibidos de la redención (cf. EE 234). El ejercitante termina la primera semana sintiéndose salvado porque ha experimentado

¹ EE = *Ejercicios Espirituales*. “La »contemplación para alcanzar amor« aplica aquello de la Suma Teológica Parte I-IIae – Cuestión 1 El fin, aunque es lo último en la ejecución, es lo primero en la intención del agente. Y de este modo tiene razón de causa esto es, lo primero en la intención que es el Principio y Fundamento, se realiza como último en la consecución que es la contemplación para alcanzar amor. Siempre, por otro lado, se ha subrayado que el Principio y Fundamento ya contiene germinalmente la contemplación para alcanzar amor. [...] está de algún modo presente en todos los Ejercicios...” (Rambla, 2016, p. 8).

una relación con el que ha venido no a condenar, sino a salvar (cf. Rambla, 2014, p. 3). Así, “cuando nosotros buscamos a Dios, es porque Él ya nos buscó primero” (González, 2004, p. 5) y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola son una experiencia de respuesta humana disponible de implicación del ser entero para “recibirse desde Dios” (Melloni, 2001b, p. 12).

En la primera semana de los Ejercicios como señala González, “Nos damos cuenta de que estuvimos caminando al borde del abismo en medio de la noche más oscura, pero que la mirada de Dios nos contemplaba y desde dentro de nosotros mismos, en su discreción infinita, nos estuvo salvando” (González, 2006, p. 40). En esta semana, comprendida en “clave místico-ontológica” (Melloni, 2001b, p. 12), el ejercitante se des-cubre y se contempla a sí mismo desde todos los ámbitos que lo constituyen como persona². Se des-cubre sujeto (subjecto) (EE 18–20) disponible para exponerse y tomar conciencia de que no vive tal y como está llamado a ser, pero que, en medio de una vida desordenada, la mirada de Dios se ha posado sobre él contemplándolo y liberándolo. Como dice González: “Somos limitados. No somos infinitos. En alguna parte acaba nuestra salud, habilidad, inteligencia [...] No siempre somos lúcidos sobre esta realidad. A veces tanteamos como los ciegos los bordes de nuestra persona, y llegamos a las áreas más oscuras y desconocidas, tal vez, ahí inútilmente nos torturamos y deprimimos. Nuestra sed de infinito puede revelarse contra las fronteras donde acaba nuestro territorio [...] La plenitud no es una posesión mía, sino que reside en el encuentro que me acoge con los brazos abiertos y no me disuelve en el abrazo, sino que me llama por mi propio nombre para siempre. Somos amados como somos, no como pensamos que debiéramos ser” (González, 1989, p. 81–82).

Es entonces, la invitación a una vida examinada (EE 24–31) “para hacernos conscientes de las mociones³ interiores y los actos que son de Dios y nos constuyen, y los que no lo son y nos van alejando de Dios y su proyecto” (González, 2002, p. 190).

Los Ejercicios Espirituales proponen atender a los pensamientos (EE 33–37), a las palabras (EE 38–41) y a las obras (EE 42), pues en estos opera Dios dando el ser, y el límite humano en el dinamismo del no ser. Examinar los

² “La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad” (EE 46).

³ Se trata de uno de los términos más característicos del vocabulario místico de Ignacio. Movimiento: “Inspiración interior que Dios ocasiona en el alma en orden a las cosas espirituales. Metáforicamente significa la alteración del ánimo que se mueve o inclina a alguna especie a que le han persuadido. Las mociones pueden ser buenas o malas. Tal bondad o maldad se reconoce, en principio, por su cualidad y en segundo lugar por sus causas. Las buenas hay que »recibirlas«, interiorizarlas y permitir que se desarrollos en el interior para seguir aquello hacia lo que nos orientan, mientras que las malas hay que »lanzarlas«, rechazarlas (EE 313)” (García [J.], 2007, p. 1265–1268).

pensamientos, es discernir⁴ sobre ellos, ya que, en la consolación⁵ experimentamos claridad y lucidez espiritual, y en la desolación⁶ experimentamos todo lo contrario: confusión y oscuridad (cf. González, 2020, p. 43). El mismo Ignacio contrastó la variedad de pensamientos que lo deleitaban por igual: “Cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho, mas cuando lo dejaba, hallábese descontento” (De Loyola [Au 8]), pero, cuando pensaba en las cosas de Dios, “no solamente se consolaba cuando pensaba en ello, sino incluso, cuando lo dejaba, quedaba contento” (De Loyola [Au 8]).

Examinar las palabras es identificar el modo en que somos cocreadores, es confrontar los discursos con la realidad de la propia vida. La mirada de Dios es Palabra que recrea: “En cualquier situación, por mortal que parezca, podemos sentir la mirada recreadora de Dios” (González, 2006, p. 40). Examinar las obras, es reconocer el modo en que colaboramos con la acción de Dios: “...al reconocer en su acción el ‘movimiento’ de Dios, el apóstol colabora cada vez mejor con la obra que le indica su propia vocación y discierne en él las resistencias que se oponen todavía a la actividad creadora de Dios” (González, 2015, p. 153).

Examinar la vida desde la pedagogía del discernimiento que ofrece la primera semana de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola (EE 43) es una necesidad. Así, el autor afirma que: “Necesitamos discernir, examinar los pensamientos y sentimientos que se mueven dentro de nosotros, necesitamos escuchar la tensión o la paz que recorre nuestro cuerpo, para ver con claridad lo que viene de Dios y nos llena de vida, y lo que viene del maligno y nos conduce a la desintegración y la muerte” (González, 2004, p. 53).

⁴ “El discernimiento de espíritus al que Ignacio se refirió dos veces en los Ejercicios Espirituales como discreción de [varios] espíritus, responde a un profundo anhelo y responde a un problema real [...] El texto conocido como Autógrafo [...] llama »Reglas para el discernimiento de espíritus«. Las Reglas mismas están divididas en dos grupos según se refieran a dos clases diversas de personas, en distinto momento o etapa de su experiencia espiritual: las reglas para la Primera Semana se ocupan de los que son tentados abiertamente por el mal; mientras que las reglas para la Segunda Semana están destinadas a los tentados engañosamente por el mal bajo apariencia de bien (EE 10). Es de gran importancia no confundirlas, porque las reglas para la Primera Semana califican la experiencia afectiva como consolación o desolación en función de los objetos a que tienden; en cambio, las reglas para la Segunda Semana juzgan los objetos hacia los que se tiende y que se escogen según la consolación o desolación que producen (Buckley, 2007, p. 607–611).

⁵ “En S. Ignacio la consolación pertenece al género de las mociones espirituales, que dentro de las tres clases de pensamientos que él distingue (EE 32), vienen siempre »de fuera«, causadas por Dios mismo, por el buen espíritu o por el malo. Dios y sus ángeles consuelan de verdad, el mal espíritu consuela falsamente, pero nadie puede darse consolación a sí mismo; es puro don gratuito de Dios y el mal espíritu puede simularla” (Corrella, 2007, p. 413–424).

⁶ “Las desolaciones descritas en los escritos ignacianos aparecen siempre como una experiencia psicológica de malestar, ya sea afectivo: tristeza, oscuridad, tibieza, »separada de su creador y Señor« (EE 317); cognitivo: razones aparentes, sutilezas, falacias (EE 320); o de la conducta: pereza, turbación, moción a las cosas bajas y terrenas (EE 317). En la experiencia mística hay una desolación profunda como resultado del despojarse de todas las tendencias egocéntricas que le impiden la búsqueda intensa y absoluta de Dios” (Font, 2007, p. 570–575).

La desintegración es consecuencia del pecado, y la primera semana pone al ejercitante frente a situaciones particulares del mismo y frente a los dinamismos del pecado personal que Dios mira con misericordia: “Hay miradas que se mueven con codicia por el deseo de adueñarse de cuerpos bellos, automóviles lujosos, mansiones millonarias [...] y que sólo se sienten bien en espacios decorados por la belleza de las formas y colores” (González, 2010, p. 43), situaciones como la apropiación, la soberbia (EE 50), el hacerse como Dios (EE 51) y la concreción en la propia realidad personal, en palabras de González: “En este caso, el límite pequeño se iría adueñando de toda la persona en dinamismos de miedo y confusión. Pero tampoco lo ignoramos ni lo camuflamos, porque sepultado en nuestra intimidad oscura, crecería y nos asaltaría a traición en muchos de nuestros comportamientos y decisiones [...] Somos amados como realmente somos. Sobre nuestros límites se posa la mirada de Dios, y sobre nuestra ceguera la mano de Jesús que nos devuelve la vista con el lodo de cualquier camino (Jn 9,6)” (González, 1989, p. 82).

La primera semana de los Ejercicios nos lleva incluso a experimentar el propio infierno y el que generamos a los otros con nuestros desordenes (EE 65–71). Es en esta experiencia que la mirada de Dios puesta en nosotros se hace certeza: “Si me esconde en el abismo, allí estás Tú” (sal 139, 7–12). Descubrimos, como señala González que: “Hemos sido encontrados por la plenitud. No la podemos abarcar, pero si podemos sentir como pasa a través de nosotros. Y en esa corriente nosotros mismos vamos siendo transformados y conducidos a un encuentro sin orillas, que ahora ya nos abraza en la discreción de nuestra existencia limitada. La plenitud no es una posesión, sino un encuentro. El final de la historia son unos brazos abiertos” (González, 1986, p. 82).

Se ha de expresar como Agar la “experiencia de Dios como un Dios vivo que la ha mirado en ese momento de muerte” (González, 2006, p. 46), o como Zaqueo que “la mirada de Dios ve lo posible donde nosotros sólo vemos lo imposible” (González, 2006, p. 43), o como el hombre de Gerasa que “encontró en la mirada de aquel desconocido que le preguntó por su nombre otra imagen de sí mismo, la dignidad que no sabía que existiera dentro de él” (González, 2006, p. 45).

Al terminar la primera semana, el ejercitante se encamina en la respuesta a ese amor gratuito e incondicional que ha experimentado. Su nueva conciencia de pecador perdonado lo conduce a un nuevo camino de liberación, de buscar ordenar los afectos desordenados, para entrar en el horizonte de seguimiento que le permite no sólo descubrir la mirada misericordiosa y amorosa de Dios, sino el dejar posar esa mirada sobre él, de dejarse mirar, porque “el mirar de Dios es amar” (San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual, 19,6).

1.2.2. Dejarnos mirar

“Aquí estoy, Señor, acogiendo tu don, la alegría y la paz de tu misterio”

Libérame de mí (González, 1998, p. 40)

La experiencia de la misericordia en el ejercitante es la experiencia de la mirada de Dios en él, es el abrazo que lo abre a la disponibilidad⁷ de dejarse mirar y de dejarse hacer. Como dice González: “Es el abrazo de Dios lo que nos transforma el corazón y nos hace disponibles para acoger la novedad que nos ofrece” (González, 2010, p. 78).

La “contemplación para alcanzar amor” conlleva la disponibilidad como petición de quien contempla: “pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad” (EE 46). Esta petición, es la actualización constante del abandono a Su iniciativa, y Su aceptación como Principio y Fundamento⁸, como la gran verdad de la vida. González señala con relación a esto que: “Toda la vida espiritual tiene su origen permanente e impredecible en el plan de Dios que se va desarrollando en la historia humana, en la que cada persona ocupa un lugar único e impredecible. Cualquier huida de esta realidad, de este origen permanente y fundamento de todo, nos conduce a la desintegración y al abismo” (González, 2006, p. 97).

El Principio y Fundamento es el cimiento espiritual y humano para dejarnos mirar por Dios. Es lo que mueve, dinamiza e impulsa la vida en el horizonte del dejarse hacer por Él, en el horizonte de ordenar la vida. Es así como los Ejercicios Espirituales se presentan bajo el título de: “Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea” (EE 21).

⁷ “La disponibilidad es sustancia de la vida espiritual como tal, puesto que es el *signo distintivo* del Hijo (cf. Rm 8, 29) [...] Se supone una verdadera unidad de la voluntad del hombre y de la voluntad de Dios, una superación de su dualidad [...] La disponibilidad va a la par de la obediencia [...] va unida a una cierta forma de libertad” (Calvez, 2007, p. 642–645).

⁸ Principio y Fundamento: “El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor y, mediante esto, salvar su ánima; y las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden. Por lo cual es menester hacernos indiferentes a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío, y no le está prohibido; en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y por consiguiente en todo lo demás; solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados” (De Loyola, 1996, [23]).

En la comprensión de González: “Se trata de entrar en el mundo afectivo buscando desde la transformación de los afectos⁹ una conversión de toda la persona que se expresará en una nueva libertad capaz de acoger, en el momento preciso de la elección, las nuevas propuestas de Dios” (González, 2006, p. 91). Es un combate como disposición fundamental con las afecciones desordenadas¹⁰, para poder escoger la novedad salvífica de Dios para nosotros y para los demás. Ello implica tener un corazón libre para salir de nosotros mismos (del “propio amor, querer e interés”) (cf. González, 2006, p. 135–136).

En consecuencia, dejarnos mirar implica revelar las trampas y tretas que se resisten en nosotros para “alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor” (EE 23), para buscar y hallar la voluntad divina quitando de sí todas las afecciones desordenadas (cf. EE 1). Esto, “supone un cambio muy hondo de toda la persona” (González, 2006, p. 91).

La primera semana de los Ejercicios Espirituales propone meditar el pecado como la manifestación evidente que causa o es consecuencia de las afecciones desordenadas, porque, es en lo profundo del corazón donde anidan (cf. González, 2002, p. 186). Así, se propone sobre el pecado “conocerlo internamente” (EE 63) y sólo conociéndolo, desde la invitación de “traer a la memoria” (EE 56), “ponderar” (EE 57), “mirar” (EE 58), “considerar” (EE 59), “discurrir” (EE 60), “razonar” (EE 61) (González, 2010, p. 56) podemos aborrecer estas afecciones, y enmendar para ordenar (cf. EE 63), esto es, “integrar, no neutrali-

⁹ “Hace referencia a la facultad volitiva, una parte o potencia del alma humana sede de la afectividad y de las pasiones, pero también lugar de la decisión libre y de la práctica de la virtud [...] se puede y se debe implicar en la relación con Dios [...] suele influir en las decisiones que se tomen, sean éstas importantes y decisivas, como es la elección de estado de vida, sean más pequeñas o coyunturales, como sería todo lo referido a la reforma de vida. El corazón inclinado y afectado siempre influirá sobre los razonamientos, decisiones y actuaciones siguientes” (García [L.], 2007b, p. 95–100).

¹⁰ “Se trata de un caso particular del afecto, el de un apego o inclinación que orienta decisivamente la elección del ejercitante, pero engañándola respecto a la voluntad de Dios sobre él, pues se presenta a sus ojos como un bien y encubre lo que tiene de mal real para quien la experimenta y para los demás [...] produce agitación y quita la »paz, tranquilidad y quietud que antes tenía« (EE 333), incluso con eventual apasionamiento intransigente y agresividad, radicalidad de planteamientos y tensión interior [...] Desde el punto de vista antropológico, la afección desordenada es una motivación afectiva determinante en algún tema central de la vida de una persona, en función de la cual ésta toma decisiones importantes. Es una poderosa vinculación afectiva que no obedece fácilmente a las leyes de la racionalidad, pues es un apego simbólicamente cargado de significados ocultos a los ojos del implicado [...] Una interpretación actual de la a. parece que la explica mejor si se incluye el carácter inconsciente no tanto de la a. misma, que es la emoción sentida, sino de las causas que la suscitan y de los mecanismos que la sostienen y procesan. De este modo, el sujeto reconoce su justo deseo, incluso percibe su fuerza o desproporción (EE 16.157), pero ignora generalmente el nombre preciso que su deseo tiene, la necesidad psíquica a que responde y la centralidad que tiene. Y por eso las razones con que discierne su inclinación serán fuertes racionalizaciones en forma de discurso espiritual, y no podrá considerar los verdaderos condicionamientos de esa opción, quizás originada en antiguas experiencias de frustración o carencias. El sujeto tampoco puede reconocer que, para pensar y contar las cosas desde su perspectiva, utiliza mecanismos de defensa tales como la represión, el aislamiento, la compensación, la formación de la reacción, la racionalización, la identificación, incluso el uso defensivo de la sublimación” (García [L.], 2007a, p. 91–95).

zar. El “quitar de sí todas las afecciones desordenadas” no es para quedarse sin afecciones, sino para conducirlas a su verdadero objeto: el Dios que se da sin poseer, sin devorar” (Melloni, 2001a, p. 76).

Luego, la Segunda Semana invita a un discernimiento más sutil, ya que, el ejercitante es engañado bajo apariencia de bien, según los criterios de éxito que la cultura aplaude (González, 2010, p. 80) y es la contemplación de la persona de Jesús el faro que ilumina las afecciones desordenadas que se han camuflado, para exponerlas e integrarlas en el horizonte de la configuración con Cristo.

La conversión como fundamento del dejarnos mirar, es “la transformación de la afectividad profunda” (González, 2006, p. 91). Ello supone “un sentir¹¹ y gustar¹² que implica la afectividad y el cuerpo, que transforma toda la sensibilidad humana” (González, 2006, p. 91) de las cosas de Dios¹³, una actitud de vida, que es también camino para dejarnos hacer por Él.

Los sentidos se hacen protagonistas de esta actitud. González citando una interpellación de San Ignacio señala que: “...debemos guardar las puertas de los sentidos de todo desorden. De la misma manera que cuidamos la puerta de nuestra casa para que no entren los ladrones en el momento más inesperado, mientras dormimos o estamos ausentes, también debemos cuidar las puertas de los sentidos para que no entren en nuestra intimidad sensaciones que nos hacen daño, que van robando poco a poco lo mejor de nosotros mismos, la finura de nuestra sensibilidad. Hay sensaciones excesivas de violencia, de sangre, de sexo y de destrucción que embotan la sensibilidad y exacerbán los umbrales de la percepción...” (González, 2010, p. 40).

¹¹ “La traducción moderna del sentir y sentimiento ignacianos es »experienciar«, »hacer experiencia de algo«, que es diferente del mero »experimentar« como si se pudiera repetir como un experimento. Se trata de la implicación total de la persona, que poco a poco la va transformando. Se puede asociar con el concepto de »inteligencia sentiente« acuñado por el filósofo Xavier Zubiri, un comprender que capta por los sentidos y que va organizando e interiorizando la percepción de lo real. Lo propio del s. ignaciano es, por un lado, la globalidad de dimensiones implicadas en esa percepción y, por otro, su profundidad, la cual se va ahondando a medida que en la persona se va dando un proceso de transparentación” (Melloni, 2007, p. 1631–1636).

¹² “Estamos ante uno de los registros que constituyen la constelación de los llamados sentidos espirituales. Si bien el ver y el oír hacen referencia a una realidad que proviene de fuera, el gustar se sitúa justo en el tránsito de lo externo a lo interno, y en ese umbral se despliega su atención y su capacidad de percibir lo que se le da. El gustar es un modo de expresar ese pasaje, esa resonancia que se experimenta ante la recepción de un acontecimiento o presencia exteriores o ante un movimiento interno. El acento está puesto en los efectos sensitivos que deja, en términos de agrado o desagrado, de placer o displacer. Remite, pues, al mundo de la sensibilidad, lo cual apunta a una concepción integrada de la experiencia espiritual en la que participa la dimensión corporal [...] Ignacio deja claro que para poder sentir el verdadero gustar de Dios hay que vencer el propio gusto. De otro modo, se caería en una fatal confusión, imposibilitando el discernimiento entre el autocentramiento y el desceñir amiento” (Melloni, 2007a, p. 931–933).

¹³ “...porque no el mucho saber harta y satisface al ánima, mas el sentir y gustar de las cosas internamente” (EE 2).

Así, guardar las puertas de los sentidos, es dejar que Dios los libere, liberando también nuestro cuerpo y nuestra afectividad, puesto que, “El mirar de Dios es liberar” (González, 2006, p. 40). Y para ello los Ejercicios Espirituales son un camino. Dice el autor en cuestión que: “Dios nos prepara para la propuesta y para la respuesta. A través de las meditaciones y contemplaciones se van transformando nuestro cuerpo, nuestros pensamientos y nuestra afectividad a niveles muy profundos, hasta el oscuro inconsciente donde están escondidos nuestros desórdenes afectivos desconocidos y desde donde pueden salir disfrazados de ángeles de luz para robarnos las mejores decisiones. Constantemente pedimos “conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga” (EE 104). Los exámenes de la oración y del día, las reglas para discernir los espíritus y el diálogo con el acompañante nos ayudan a darnos cuenta de lo que sucede dentro de nosotros y a transitar el camino hacia la decisión sin dejarnos engañar por las sugerencias de nuestro desorden afectivo, que está agazapado en nuestro interior tratando de resistir cualquier desalojo” (González, 2010, p. 99).

Cuidar los sentidos es una disposición para dejarnos mirar, puesto que, “Somos tentados para sumergirnos en la sociedad del bienestar para que el consumismo y la diversión, los dos grandes intentos huecos de reencantar el mundo, entren por todos nuestros sentidos y nos anestesien la existencia” (González, 2009, p. 18). Para ello, San Ignacio propone una pedagogía de los sentidos que “tiene un espacio explícito en los Ejercicios a partir de un método de oración conocido como la *Aplicación de sentidos*¹⁴ (EE 121–126)” (Melloni, 2007a, p. 932).

El cuerpo desde esta visión, se torna un medio para dejarnos mirar, para dejarnos configurar y transfigurar, puesto que, “la figura de Jesús entra por nuestros sentidos [...] hasta la hondura de nuestra afectividad, donde se nos regala gustar [...] la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima, de sus virtudes y de todo [EE 124] (González, 2010, p. 80). El cuerpo participa como posibilidad de liberación. González, al abordar el tema afirma: “El misterio de la encarnación del Hijo en un cuerpo humano viene a liberarnos tanto del vaciamiento de la interioridad, como de una intimidad que se desentiende del cuerpo [...] Contemplamos a Jesús accesible a nuestros sentidos (1 Jn 1,1–4) [...] En Jesús encontramos una gran sensibilidad para percibir los más pequeños detalles de la vida de las personas, de la naturaleza y los signos de la historia [...] En Jesús, el cuerpo se trabaja desde dentro, se transfigura desde su experiencia in-

¹⁴ “Ver las personas con la vista imaginativa, meditando y contemplando en particular sus circunstancias, y sacando algún provecho de la vista. Oír con el oído lo que hablan o pueden hablar, y reflitiendo en sí mismo, sacar dello algún provecho. Oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad del ánima y de sus virtudes y de todo, según fuere la persona que se contempla, reflitiendo en sí mismo y sacando provecho dello. Tocar con el tacto, así como abrazar y besar los lugares donde las tales personas pisan y se asientan, siempre procurando de sacar provecho dello” (EE 122–125).

terior, desde el fuego, desde la pasión que lo llena y lo mueve, desde la apertura y comunión con el Padre que lo impulsa al servicio del reino. Por eso la cercanía de este cuerpo que toca y es tocado en los encuentros produce vida nueva y amistad, salud recobrada y alegría” (González, 2010, p. 32).

En conclusión, dejarnos mirar es la disposición a la conversión de la sensibilidad y de los sentidos, tanto corporales como interiores, que exterioriza el deseo esencial, el deseo de Dios. Una conversión como “experiencia interior de la cercanía de Dios, que nos unifica por dentro en la consolación que Él nos regala. De esta forma, la gracia de Dios, al ser “gustada”, se va encarnando en nosotros (EE 124)” (González, 2010, p. 34) para “tener gusto por Dios en las cosas y de las cosas por Dios” (Melloni, 2007a, p. 933).

1.2.3. Desear mirar

“... Cuando es mío tu deseo, cuando es tuyo mi deseo, cuando es nuestro y único el deseo, ya se encuentran el cielo con la tierra, la eternidad sin cuentas y el tiempo tan medido...”

Unificación del deseo (Salmos)

El segundo preámbulo de la «contemplación para alcanzar amor» es “pedir lo que quiero: será aquí pedir conocimiento interno de tanto bien recibido...” (EE 233), esto es, explicitar el deseo¹⁵ de mirar, como la puerta de entrada para adentrarse en el Misterio de un Dios que se hace historia. “Con frecuencia, Ignacio vincula el deseo al término «querer», apelando así a la voluntad del ejercitante, como si la eficacia de los Ejercicios estuviera en la determinación y conjunción del querer y del desear” (Melloni, 2001a, p. 78).

Cuando el ejercitante es mirado por Dios, experimenta Su deseo por él. Cuando se deja mirar, se adentra en la conversión del deseo que se ha situado antes y se ha constatado, para ser, en el deseo que lo unifica y atraviesa su existencia, el “deseo esencial”¹⁶. Un deseo que restablece a la persona en el desear

¹⁵ “Deseo proviene de »desiderare«, que etimológicamente significa constatar la ausencia de las estrellas. Implica la idea de tender hacia, evocando la ausencia del objeto que se desea. El deseo señala el principio dinámico y abierto de los afectos, vinculado a la voluntad. El deseo implica un impulso hacia algo que todavía no se tiene. En la concepción de Ignacio, los deseos tienen una connotación particularmente positiva, en cuanto que son fuente de energía y movimiento. En este sentido, Dios también desea: »el mismo Señor desea dárseme en cuanto puede«. De aquí la importancia de ser un hombre de deseos. Porque el deseo último que subyace a todos los deseos es el deseo de Dios. Un anhelo íntimo, último y primero, que sólo se saciará cuando estemos en Dios” (Melloni, 2001a, p. 78).

¹⁶ “La potencia que surge de Dios y que está en los seres como resonancia y nostalgia de su origen es lo que aquí llamamos e identificamos como el Deseo esencial. Los anhelos de todos los seres son participación y manifestación de esa única aspiración: remontar hasta el Ser primordial, permanecer en el Ser que nos da el

en Dios como respuesta en gratuidad a la experiencia de Su amor. Un deseo que es motor para entrar al horizonte del fin por el que se es creado. González dice con relación a ese deseo que: "...en el 'Principio y fundamento', el ejercitante se sitúa en el fin que busca, sin desviarse por vericuetos laterales: solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos criados (EE 23) [...] En el encuentro con el pecado propio y del mundo se purifica el deseo de toda ingenuidad y suficiencia. Por el dolor de experimentarse pecador y en la experiencia del amor misericordioso de Dios [...] desde ahí ya se puede abrir al futuro y preguntarse: ¿Qué debo hacer por Cristo?" (González, 2010, p. 79).

Así, el desear en Dios es la búsqueda de Su voluntad para responder con un "hágase" (Lc 1, 38.) desde la humildad que da el acoger la propia fragilidad. Una respuesta disponible que expresa una dinámica que no es tanto, la de la negación de sí mismo cuanto la del amor que engrandece (cf. González., 2010, p. 79): "el amor de Dios, porque desear mirar, es antes deseo de Dios, y el mirar de Dios es un deseo activo. Sin embargo, "en el lenguaje ignaciano no se expresa tanto directamente el deseo de Dios mismo cuanto el de desear apasionadamente cuanto Dios quiere (EE 151)" (González, 2010, p. 79).

El querer de Dios es Justamente, "...que veamos, que percibamos su manifestación precisamente como Dios escondido en nuestra carne mortal. Jesús expresa ese deseo del Padre..." (González, 2015, p. 33) y es, en el proceso de todos los Ejercicios Espirituales donde contemplamos esa expresión del Deseo de Dios en Jesús.

El deseo de Dios se expresa en Jesús encarnado en la historia humana, por ello, "yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada" (EE 98) el prefacio de entrada a la Segunda Semana de los Ejercicios, y oblación humana que integra el deseo en el "conocimiento interno del Señor, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga (EE 104). En -el ejercicio 107 se nos invita a oír "...lo que dicen las personas divinas, es a saber: Hagamos redención del género humano" y en el ejercicio 108, mirar "...lo que hacen las personas divinas, es a saber, obrando la santísima incarnación". Según González: "En la reposada contemplación de Jesús, el deseo se va iluminando y apasionando con su persona [...] Ignacio nos confronta con nuestra ambigüedad radical

ser. Tal es el Deseo esencial. No hablamos de retornar a Dios, porque a Dios no lo hemos dejado jamás. Dios no puede ser dejado, porque en Él »vivimos, nos movemos y existimos«, según las palabras inspiradas de Pablo en el Areópago de Atenas. El anhelo de los seres es anhelo de ser, el cual participa del deseo de formar parte de Quien nos hace ser. Todo lo existente participa de esta única aspiración: permanecer en el Ser que nos da el ser, cuya esencia es anhelo de hacernos participar de su ser. Así, somos deseo de Dios en un doble sentido: desde el punto de vista nuestro, tenemos deseo de Dios, anhelo de reunificarnos con el Origen, que nos hace participar de Él por medio de la existencia; desde el punto de vista de Dios, somos su Deseo. Creados como expansión de su ser, somos la forma, la expresión, el contorno y la ocasión de su Deseo. Somos Él en su acto de darse en nosotros, y Él es nosotros en la forma acabada de nuestro anhelo" (Melloni, 2009, p. 12).

en las meditaciones ignacianas de la segunda semana, para tratar de discernir y liberar nuestro deseo de falsas motivaciones que lo pueden atrapar en proyectos y modos de proceder que pueden ser buenos, pero que no son la propuesta nueva y original de Dios para el ejercitante [...] de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva” (EE 155). Más aún, para parecerse más a Jesús quiere y elige desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo (EE 107). El deseo se va configurando con el estilo de Jesús, con la sabiduría de Dios, que parece en muchas ocasiones una locura contracultural. “Cuando el ejercitante hace la elección y la reforma de la vida según la propuesta de Dios, y se siente confirmado en ella, entonces el deseo ya está centrado y unificado en la novedad de Dios que ha entrado en su vida” (González, 2010, p. 80).

Es entonces, que el tercer preámbulo de la Tercera Semana refiere a una paradoja que sólo es comprensible en la negación de sí para que emerja la autenticidad de sí en quien ha hecho elección: “demandar lo que quiero, lo qual es propio de demandar en la passión, dolor con Christo doloroso, quebranto con Christo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Christo passó por mí” (EE 203). Frente a lo anterior, González reconoce que: “No podemos ser ingenuos ni evadirnos de la historia. La cruz, de una manera o de otra, se presentará en el camino de la novedad de Dios. Por eso es necesario que el deseo se fortalezca para hacer y padecer por Cristo en la historia [...] Recorro la pasión, acompaña a Jesús en comunión y pido lo que quiero: dolor con Cristo doloroso y quebranto con Cristo quebrantado (EE 203)” (González, 2010, p. 81).

Desde esta comprensión pascual, en la Cuarta Semana de los Ejercicios, el ejercitante entra en el horizonte del encuentro con Jesús resucitado donde no sólo se le abre el entendimiento (Lc 24,45), sino que se le abren los ojos (Lc 24,31), como a los discípulos de Emaús, que se les diluyeron las apariencias y reconocieron en el caminante al Jesús resucitado. Unos ojos que ahora miran desde Dios, y es la contemplación para alcanzar amor donde toda la creación, toda la historia, hasta la realidad más pequeña, es contemplada para descubrir ahí al Señor activo (cf. González, 2015, p. 206) para alegrarse y gozarse intensamente de tanta gloria y gozo de Cristo nuestro Señor (cf. EE 221). Es la mística de ojos abiertos en la que: “El deseo se transfigura en la alegría que vence los sepulcros, los sellos imperiales y las estrategias de la sinagoga. Jesús nos consuela como un amigo. En la soledad, en medio de la comunidad nacida de la Pascua, y en toda la realidad transfigurada donde me moveré, me encontraré al Señor que está presente, trabajando por mí humildemente. Me uniré al Dios que trabaja humildemente por nosotros. Esa será mi dicha” (González, 2010, p. 81).

Desar mirar en la comprensión de González, es el proceso en el que el deseo es inicialmente situado, después iluminado y apasionado, para ser diser-

nido y liberado, centrado, unificado y fortalecido, y finalmente transfigurado en el Deseo esencial. La Cuarta Semana de los Ejercicios Espirituales es el adentramiento en la realidad desde Dios como el Deseo esencial que ha sido reflejado¹⁷ en el mismo ejercitante cuando mira, cómo Dios habita en todo (cf. EE 235) cuando considera cómo Dios trabaja y labora por él en todas cosas criadas sobre la faz de la tierra dando el ser (cf. EE 236) cuando mira cómo todos los bienes y dones descienden de arriba (cf. EE 237). La disponibilidad es la puerta. Una disponibilidad que se ha purificado en el dejarse mirar como transformación del deseo que ha seguido un “proceso ascético y místico muy bien elaborado” (González, 2010, p. 79), el proceso de los Ejercicios Espirituales de los que González da razón así: “A lo largo de los Ejercicios se va configurando un corazón al estilo de Jesús, a través de procesos de los que a veces nos podemos hacer conscientes, y en otras ocasiones no, pues los realiza la misteriosa acción del Espíritu allí adonde no llegan ni nuestro análisis ni nuestro discernimiento: en la dimensión inconsciente, donde se asientan y se nutren muchas de nuestras afecciones desordenadas y nuestras opciones más lúcidas y generosas. En algunos momentos Ignacio une el querer y el desear: “quiero y deseo” (EE 48, 98). Si sólo queremos con nuestra voluntad, pero no está implicado el deseo profundo del corazón, ese querer es muy frágil” (González, 2010, p. 82).

Se puede concluir entonces que, el desear mirar es orientarse a la plenitud de la existencia que el deseo de Dios realiza como implicación del ser entero en Su mirar. Es la realización de la «contemplación para alcanzar amor» como la mística de ojos abiertos.

1.2.4. Implicar el ser entero en el mirar de Dios

“...En el fondo del encuentro me descubro poblado de presencias... niños... hombres... mujeres... En el fondo del misterio, los descubro, nos abrazas y me encuentro”.

Intimidad poblada de presencias (salmos)

La mística de ojos abiertos en la obra de Benjamín González Buelta es la experiencia de apertura de la mirada para percibir toda la realidad habitada por

¹⁷ “Después de cada punto de la contemplación, Ignacio nos invita a »reflectir« para sacar algún provecho (EE 106). Esa palabra tiene un doble significado: reflexionar, constatar, darse cuenta y, al mismo tiempo, reflejar en nosotros al contemplado” (González, 2010, p. 57). Es “tomar conciencia del reflejo que lo contemplado va dejando en el interior, dejándose transformar por ello y provocando aquel conocimiento íntimo que se convierte en amor y seguimiento [104]. Tomar conciencia también de la moción –»movimiento reflejo« – que una imagen mental determinada o una palabra sugeridas por las Escrituras ha provocado en mí, para discernir, a partir de ellas, la llamada o manifestación de Dios” (Melloni, 2001a, p. 171).

Dios. La realidad en la luz de Dios (cf. González, 2006, p. 64) recibida desde Su mirada en el ejercicio de implicación del ser entero. Es la “contemplación para alcanzar amor” de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola que “abre los sentidos para encontrar a Dios en la vida cotidiana” (González, 2006, p. 166) trabajando en ella y dándose.

De este modo, el místico de ojos abiertos “se relaciona con el mundo dándose cuenta de las señales de Dios, que llena todo lo creado con su acción incesante” (González, 2006, p. 64) y “se sumerge en las situaciones humanas, desgarradas o felices, buscando esa presencia de Dios que actúa dando vida y libertad” (González, 2006, p. 64). Esto es, contempla la realidad como Dios la mira, un “mirar que es amar, crear y liberar” (González, 2006, p. 37, 41, 42), y se pregunta por su “colaboración justa y precisa” (González, 1995, p. 39), por sus solidaridades, por su modo de amar en obras más que en palabras (cf. EE 230), por su modo de comunicación del amor (cf. EE 231) al mismo Dios en esta realidad, desde la donación de su propio ser.

Esta perspectiva presenta la realidad como el punto de partida. Y la “contemplación para alcanzar amor” nos introduce en el camino contemplativo en medio de ella (cf. González, 2010, p. 36) del mundo, de lo concreto de la historia en la que Dios trabaja. Frente a lo anterior, González refiere que: “Toda realidad humana lleva dentro esa levadura de trascendencia que fermenta todo cuanto existe, sin exclusión alguna. En el centro de cada persona late la posibilidad de abrirse a la infinitud y transformarse en creadora, aunque sólo sea en pequeños detalles de la vida de todos los días [...] No es necesario peregrinar lejos, sino dentro; ni esperar siglos, sino detenernos en el instante; ni buscar personajes excepcionales, sino seres comunes [...] para atravesar la piel de la realidad y percibir que la cotidianidad lleva dentro una dimensión de infinito que todo lo llena de sentido y lo abre hacia el futuro de toda plenitud. Dios nunca deja de llegar por el mismo centro de todo cuanto existe. Si creemos que el mundo no es sólo un escenario donde Dios se manifiesta de vez en cuando, sino manifestación de Dios que trabaja sin receso en lo profundo de la realidad con amor e imaginación inagotables, nos preguntamos: ¿Cuál es la novedad que se va gestando hoy en nuestro mundo? ¿Por dónde pasa en cada momento esta novedad que necesita de nuestra inteligencia y de nuestras manos para realizarse? Aunque no sepamos con claridad qué nueva realidad se está configurando, ya podemos sentir y saborear su encanto en los más pequeños detalles de nuestra cotidianidad” (González, 2015, p. 15).

De esta forma, “la contemplación para alcanzar amor es el camino hacia la contemplación en la acción” (González, 2002, p. 209) donde la acción de Dios se hace propia en la entrega del don que se nos ha regalado, y que nos permite “concebir y gestar la novedad que sólo nosotros podemos crear, marcando

la realidad con el sello de nuestra propia originalidad irrepetible” (González, 2015, p. 12). Un don que se hace memoria de creación y redención, en el que Dios se da a sí mismo (cf. EE 234), y se entrega desde el consentimiento de quien se ofrece en gratuidad para amar y servir en todo (cf. EE 233). En palabras de González: “En la contemplación para alcanzar amor, al contemplar cómo Dios me da todo y se da Él mismo en cada don, yo soy invitado a “reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte ofrecer y dar a su divina majestad” (EE 234). Pedimos y deseamos “en todo amar y servir”, como Dios mismo nos ama y nos sirve a nosotros, en todo” (González, 2010, p. 57, 58).

La invitación es considerar con mucha razón y justicia lo que debemos de nuestra parte ofrecer (cf. EE 234), es decir, acoger la novedad propuesta por Dios para sentir el dinamismo formidable del Reino de Dios que moviliza nuestras mejores cualidades, y al mismo tiempo que lo servimos, también nos transforma a nosotros (cf. González, 1998, p. 113). Nos transforma en donación total, en ser “lenguaje de la totalidad en el amor que se entrega y que nos saca permanentemente de cualquier encerramiento que excluya, discriminé o paralice a los demás y a nosotros mismos” (González, 2002, p. 211).

Desde ese ejercicio del don en movimiento, “aprendemos a mirar nuestro presente” (González, 2006, p. 168), a mirar cómo Dios alienta la vida (EE 235)¹⁸ en todo, porque “Dios, creador de todo, está presente en todo. Porque Dios no crea separándose de la Creación, sino que la sostiene desde dentro de sí mismo. Es el pan-en-teísmo de los místicos” (Melloni, 2001a, p. 261), de los místicos de ojos abiertos capaces de “encontrar a Dios en todas las cosas” (González, 2006, p. 81) y todas las cosas en Dios. Místicos con la sensibilidad profunda de ver un Dios que “trabaja y labora por mí en todas cosas criadas sobre la haz de la tierra, id est, habet se ad modum laborantis” (EE 236), que “se compromete en la historia” (González, 2006, p. 81) y lo hace: “...hasta la muerte. Él es nuestro Servidor. Dios trabaja en toda la creación [...] asume la creación y la historia, desde el abajo de la realidad, desde los últimos, tal como se nos revela en el Jesús del evangelio. Si queremos entrar en comunión con él, tenemos que unirnos a él en su trabajo para hacer la experiencia de sentir que él pasa por nuestras manos. Jesús explica este misterio de creatividad a los dirigentes judíos, escandalizados porque curó en sábado al enfermo de la piscina de Betsda. *Mi Padre, hasta el presente, sigue trabajando, y yo también trabajo* (Jn 5,17) [...] El actuar de Jesús se fundamenta en ver lo que hace el Padre,

¹⁸ “Mirar cómo Dios habita en las criaturas: en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender; y así en mí dándome ser, animando, sensando, y haciéndome entender; asimismo haciendo templo de mí, seyendo criado a la similitud e imagen de su divina majestad” (EE 235).

y este ver de Jesús es posible porque el Padre le enseña lo que él hace. Ver lo que el Padre hace es decisivo para poder unirnos a su trabajo creador y liberador” (González, 2006, p. 169–170).

Dios trabaja e invita a trabajar con Él, a seguir sus huellas y comprometernos en Su “proyecto de libertad y de vida que se está realizando” (González, 2002, p. 210). Un compromiso que implica asumir la cruz, y las cruce de quienes son presos por la injusticia y la opresión, “asumir los exigentes y duros compromisos con que vamos a encontrarnos en nuestro servicio al reino de Dios, y de una manera especial en la solidaridad con los más pobres” (González, 2010, p. 81) los marginados y los excluidos. Un compromiso asumido desde la conciencia que es posible por ser don y posibilidad concreta en el mismo Dios.

En consecuencia, reconocer que todo es don, nos lleva a encontrar a Dios como don “que llega a nosotros desde la realidad que nos envuelve” (González, 2006, p. 171) como justicia, piedad, misericordia y bondad, así como del sol descienden los rayos llenando de luz y vida la tierra, y como de la fuente brotan las aguas que fecundan los campos (cf. EE 237) nada es nuestro porque todo nos ha sido dado, y ese don se concreta en misión apostólica y en la realización del proyecto para el que Dios nos prepara (cf. González, 2010, p. 26). El proyecto del amor: “Pues sólo el amor hace ver lo no evidente, para descubrir cómo el Padre trabaja y crea vida nueva” (González, 2009, p. 173).

La contemplación para alcanzar amor, es la realización de la mística de ojos abiertos “que sabe que Dios está presente en toda realidad, amándola y liberándola desde dentro de ella misma con una discreción infinita” (González, 2009, p. 170). Es “la contemplación de lo real [...] el camino para encontrarnos con la profundidad [...] con Dios que ama el mundo con una pasión infinita y con una creatividad inagotable [...] que nos lleva a la implicación” (González, 2020b, p. 1), a la entrega de ese don recibido y “saldrá por su propio dinamismo a repartirse gratuitamente [...] seré un yo en éxodo” (González, 2018, p. 8–9).

2. Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola son una propuesta de modo y orden¹⁹ para formar místicos de ojos abiertos en la obra de Benja-

¹⁹ “San Ignacio usaba la palabra “modo” para indicar una realización distinta que podía tener una variable fundamentalmente en los Ejercicios o en las Constituciones. Indica también la forma de hacer una cosa, cómo se concibe la realización de alguna actividad o la forma de comportarse una persona. Por lo que se refiere a la palabra orden, Ignacio la usa para indicar la organización y disposición regular de las cosas. Indica también normalidad, tranquilidad, las diversas categorías de un asunto, su rango, importancia, clase, etc. [...] Nadal afirma que una de las razones para la eficacia de los Ejercicios es el método

mín González Buelta, y son el itinerario y la transversalidad de su reflexión. Él mismo expresa que “para formar la mirada que descubre a Dios en el mundo y nos une a su acción de vida, Ignacio nos propone el proceso de los Ejercicios, donde van siendo trabajados el corazón y la sensibilidad” (González, 2020b, p. 2), “una sensibilidad nueva para poder percibir la presencia y la acción de Dios en la realidad que contemplamos y en la que nos implicamos juntamente con Él” (González, 2006, p. 9).

El autor, hace de los Ejercicio Espirituales su itinerario de reflexión como “camino de creatividad evangélica [...] como la espiral de un vuelo en el que cada giro se apoya en el anterior y asciende en búsqueda del siguiente” (González, 2009, p. 192). Un itinerario hecho metáfora, donde primero se hace conciencia de la desintegración y las fuerzas que fragmentan, hieren y desajustan (González, 1998, p. 149), después el adentramiento en el Tabor, la iluminación que nos transfigura y nos integra, y se hace experiencia de integración personal en la realidad (González, 2002, p. 22), luego bajar del monte y subir a Jerusalén como una manera de caminar (González, 1998, p. 149), para después hacer experiencia de la Eternidad que está entre nosotros (González, 2002, p. 22), vivir como místicos de ojos abiertos (González, p. 2006).

Para González, los Ejercicios son una “propuesta mistagógica” (González, 2010, p. 22). Una propuesta de iniciación “en el proceso de encuentro con Dios, con el totalmente Otro, que se nos ha revelado en Jesús” (González, 2010, p. 22) cuyo telos es “liberar el corazón, quitar las afecciones desordenadas para poder ordenar la persona y la vida en el amor a Dios y en la entrega apasionada a la novedad que él nos va a revelar y proponer” (González, 2010, p. 22).

El itinerario de formación que los Ejercicios Espirituales ofrece, persigue la transformación de “la persona desde la “ceguedad” (EE 106) que crea perdición y muerte, hasta la posibilidad de ver a Dios presente en todo, sin exclusión alguna, trabajando sin receso y sin sábado, para que podamos “en todo amar y servir” (EE 233) al unirnos a Él y a su actividad que todo lo recrea” (González, 2006, p. 86).

Esta ceguedad para el autor, está “en el origen de todos los procesos destructores de la vida” (González, 2006, p. 15), que hechos conscientes son el comienzo de un camino de transformación de la mirada y de todos los sentidos (cf. González, 2006, p. 86). La “necesidad vital” (González, 2006, p. 86) se hace visible para emprender con firmeza el camino que, en los Ejercicios Espirituales, se transita por cuatro semanas y la contemplación para alcanzar amor.

La primera, ex-pone la desintegración del ejercitante, adentra en el principio y fundamento de su vida, y culmina con el abrazo de Dios en la experiencia

(D 7,43), pero reconoce que no son la razón última sino razones como consecuente (D 7,4)” (González [E.], 2007, p. 1274–1278).

de Su mirada que el deseo ha motivado, el deseo de dejarse mirar por Él, “pero el fin no es quedarse en el abrazo, fuera del tiempo, sino salir después al servicio, y no sólo para realizar cualquier cosa buena, sino para caminar” por la vía que mejor podrá servirle. “El mayor servicio nace del abrazo de Dios” (González, 2006, p. 91).

La segunda, ilumina e integra desde la metáfora del Tabor: “La luz regalada que brilla dentro de nosotros, atravesándonos en todas las dimensiones” (González, 2002, p. 40). En esta semana “contemplamos la persona de Jesús [...] posamos nuestros sentidos sobre los misterios insondables de su vida, esperando que se nos revele lo que se esconde dentro de ellos para cada uno de nosotros en este momento específico de nuestra vida” (González, 2004, p. 53).

La tercera, “une en la confrontación del conflicto, la oposición, la descalificación social, el castigo, e incluso la muerte [...] sólo el amor puede salvar y la unión a la causa de Jesús a pesar de todas las amenazas” (González, 2004, p. 83).

La cuarta, lleva al “encuentro con el resucitado que alienta hoy la vida y la libertad en cualquier situación humana” (González, 2004, p. 95), nos hace experiencia y celebración comunitaria, nos hace “responsables de la alegría” (González, 2004, p. 95).

Y la contemplación para alcanzar amor, para González, hace descubrir, “... la presencia activa de Dios en toda realidad, tanto en toda situación social como en toda persona. Así que ya no tenemos que cerrar los ojos para encontrar a Dios, sino abrirlas bien, para ver en la hondura de toda realidad esa corriente de vida eterna que la recorre por dentro. En la intimidad de »ojos cerrados«, donde experimentamos el conocimiento interno del Señor, lo mismo que en la exterioridad »de ojos abiertos« donde podemos experimentar cómo crea su reino, es posible encontrarse con Dios y su acción en el mundo. Su presencia activa es el hilo de eternidad donde Dios va insertando todos nuestros instantes, guardándolos para siempre, por más fugaces que los percibamos” (González, 2004, p. 106).

En consecuencia, Los Ejercicios Espirituales son un itinerario de formación de místicos de ojos abiertos para los que no cambia la realidad, sino la manera de mirarla. Cambia su corazón hasta centrarla completamente en Dios para ver desde Él (cf. González, 2006, p. 67).

Conclusión

Al desarrollar esta reflexión, se buscó dar razón de la contemplación para alcanzar amor que cierra la experiencia de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola como fuente de inspiración de la mística de ojos abiertos en la obra de Benjamín González Buelta. El modo y orden de la presentación

fue el proceso que lleva al ejercitante a hacer experiencia de la “contemplación para alcanzar amor” como la experiencia de una vida en Dios o la experiencia de Dios en la vida, en el “ser mirados”, “dejarse mirar”, “desear mirar” para “implicar el ser entero en el mirar de Dios”, proceso mistagógico y formación de un místico de ojos abiertos.

El proceso antes descrito, es el proceso de los Ejercicios Espirituales, que además de ser el itinerario y la transversalidad de la reflexión del autor, son el dinamismo de la pedagogía de la mística de ojos abiertos. El proceso de los Ejercicios termina con la contemplación para alcanzar amor como el vehículo de la experiencia de reconocimiento de Dios en la realidad, la mirada en y de Dios trabajando por la humanidad. Dios como el Don que se da en todas las cosas, y todas las cosas en Él. González afirma que: “Vivimos en el centro del don. Nos rodea por todas partes con una discreción sin estridencias, y podemos disponernos para que nos sorprenda en rostros que se cruzan con nosotros por la calle, en vidas jóvenes que se afirman alargando su estatura y en rostros arados que se desplazan lentamente, cargados de cosechas invisibles que les doblan las espaldas. La soledad se llena con su aliento, los árboles susurran sus rumores, y los trajines llevan dentro búsquedas que nunca cesarán hasta que encuentren al que nos convoca a todos a la fiesta sin final y sin descartes. En fábricas, cocinas y altares se ofrece la esencia del mismo sacrificio. Los GPS dibujan en sus pantallas pequeños paraísos, y cada oasis hospitalario no se cierra sobre nosotros como los huesos de un puño o como las fauces de una dictadura, sino que nos brinda agua peregrina y nos señala nuevos horizontes” (González, 2018, p. 8–9).

En efecto, vivir en el centro del don es vivir la experiencia mística inmerso en la realidad de la cual se hace parte. Desde esta comprensión es posible hacer una crítica a todas esas búsquedas espirituales que se alejan de la mediación del mundo y de la persona. La realidad es el sacramento de la experiencia de Dios y el místico de ojos abiertos mira la realidad desde sus ojos, una mirada que opera en el Don como don ofrecido en gratuidad desde el amor y el servicio.

Bibliografía

- Buckley Michael, 2007, “Discernimiento”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 605–611.
- Calvez Jean-Yves, 2007, “Moción”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 641–645.
- Corrella Jesús, 2007, “Consolación”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 413–424.
- De Loyola Ignacio, 1970, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola*, Bilbao, Sal Terrae.
- De Loyola Ignacio, 1996, *El peregrino. Autobiografía de San Ignacio de Loyola*, Valladolid, Mensajero – Sal Terrae.

- Font Jordi, 2007, “Desolación”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 570–575.
- García José, 2007, “Moción”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G – Z)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 1265–1268.
- García Luis, 2007a, “Afección desordenada”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 91–95.
- García Luis, 2007b, “Afecto”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (A – F)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 95–100.
- González Benjamin, 1989, *La transparencia del barro*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 1992, *Signos y paráboles para contemplar la historia. Más allá de las utopías*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 1995, *Bajar al encuentro de Dios*, (Publicación de la comunidad mundial de vida cristiana. Ediciones inglesa, francesa, española), Roma.
- González Benjamin, 1998, *La utopía ya está en lo gerinal. Sólo Dios basta, pero no basta un Dios solo*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2002, *Orar en un mundo roto. Tiempo de transfiguración*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2004, *Salmos para sentir y gustar internamente. Una ayuda para la experiencia de los Ejercicios Espirituales*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2006, *Ver o perecer. Mística de ojos abiertos*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2009, *Tiempo de crear. Polaridades evangélicas*, Santander, Sal Terra.
- González Benjamin, 2010, *Caminar sobre las aguas*, Maliaño, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2012, *La humildad de Dios*, Santander, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2015, *Letra pequeña. La cotidianidad infinita*, Maliaño, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2018, *Disponerse al don. Pasividades en el vértigo digital*, Maliaño, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2020a, *El discernimiento. La novedad del Espíritu y la astucia de la carcoma*, Maliaño, Sal Terrae.
- González Benjamin, 2020b, *Mirada Ignaciana del COVID 19-p*, [online], acceso: 09.07.2025, <<https://jesuitas.lat/noticias/15-nivel-2/5270-mirada-ignaciana-del-covid-19-p-benjamin-gonzalez-buelta-sj>>.
- González Emilio, 2007, “Modo y orden” *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G – Z)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 1274–1278.
- Melloni Javier, 2001a, *La Mistagogía de los Ejercicios*, Santander, Mensajero – Sal Terrae.
- Melloni Javier, 2001b, *Los Ejercicios como experiencia mística*, Cuadernos de Espiritualidad.
- Melloni Javier, 2007a, “Gustar”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G – Z)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 931–933.
- Melloni Javier, 2007b, “Sentir”. *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana (G – Z)*, Grupo de Espiritualidad Ignaciana, Bilbao – Santander, Mensajero – Sal Terrae, p. 1631–1636.
- Melloni Javier, 2009, *El Deseo esencial*, Santander, Sal Terrae.
- Rambla Josep, 2008, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto*, Cristianisme i Justicia, EIDES, no. 1 (53), 1–30.
- Rambla Josep, 2011, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto*, Cristianisme i Justicia, EIDES, no. 2 (63), 1–48.
- Rambla Josep, 2014, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto*, Cristianisme i Justicia, EIDES, no. 3 (72), 1–48.
- Rambla Josep, 2016, *Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Una relectura del texto*, Cristianisme i Justicia, EIDES, no. 6 (81), 1–48.

**„Kontemplacja w celu osiągnięcia miłości” jako źródło inspiracji
dla mistycyzmu z otwartymi oczami w twórczości
Benjamína Gonzáleza Buelty**

Streszczenie: Kontemplacja w celu osiągnięcia miłości w „Ćwiczeniach duchowych” św. Ignacego Loyoli jest źródłem inspiracji dla mistycyzmu z otwartym okiem w twórczości Benjamína Gonzáleza Buelty. „Ćwiczenia duchowe”, w rozumieniu autora, stanowią poligon doświadczalny dla mistyka z otwartym okiem i prowadzą go ku horyzontowi uporządkowania uczuć i poszerzenia zmysłów, aby dostrzec Boga w rzeczywistości i, poprzez Jego spojrzenie, zaangażować się w nią. Kontemplacja ku miłości jest kulminacją procesu, który dokonuje się w doświadczeniu bycia obserwowanym, pozwalania, by na nas patrzoną i pragnienia patrzenia, aby objąć całe swoje istnienie spojrzeniem Boga i współpracować z Nim w świecie, który dla mistycyzmu z otwartym okiem jest jego sakramentem.

Slowa kluczowe: kontemplacja, mistycyzm z otwartymi oczami, Ćwiczenia duchowe, duchowość.

**“Contemplation of the Achievement of Love” as a Source of Inspiration
for Open-Eyed Mysticism in the Works of Benjamín González Buelta**

Summary: Contemplation of the Achievement of Love in St. Ignatius of Loyola’s “Spiritual Exercises” is a source of inspiration for open-eyed mysticism in the work of Benjamín González Buelta. The “Spiritual Exercises”, as the author understands them, constitute a testing ground for the open-eyed mystic, leading one to a horizon of ordering feelings and expanding one’s senses, in order to perceive God in reality and, through His gaze, to engage with it. Contemplation of love is the culmination of a process that unfolds in the experience of being observed, of allowing oneself to be looked at, and of the desire to look, to embrace one’s entire being with God’s gaze and to collaborate with Him in a world that, for open-eyed mysticism, is a sacrament.

Keywords: contemplation, mystic with open eyes, Spiritual Exercises, spirituality.